

“La Luz del Evangelio”

Criterio para la Interpretación de las Situaciones Históricas

Juan F. Gorski, M.M.

Secretario Ejecutivo del Departamento de Misiones del CELAM y
Profesor de Catequesis en el Instituto Pastoral del CELAM

La Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano afirmó en Medellín que “las situaciones históricas y las aspiraciones auténticamente humanas forman parte indispensable del contenido de la catequesis” (*Catequesis*, No. 6). La misma Conferencia habla también de las “semillas del Verbo” que se encuentran en las expresiones culturales de la religiosidad (*Pastoral Popular*, No. 5). Y recalcando la necesidad de una evangelización histórica, observa que los “signos de los tiempos” expresados en el orden social constituyen un “lugar teológico” e interpelación de Dios (*Elites*, No. 13).

La Conferencia de Medellín fundamentó estas afirmaciones en los enunciados del Concilio Vaticano II, especialmente en *Lumen Gentium*, *Gaudium et Spes*, y *Ad Gentes*. Tanto el Concilio como Medellín nos piden una acción pastoral dinamizada por la presencia reveladora del Señor en la historia humana. Y el acierto de esa acción depende de los criterios teológicos empleados para discernir la presencia del Dios viviente en la historia.

En estos años después del Concilio y Medellín, casi todos los agentes pastorales se han acostumbrado a un nuevo lenguaje, pero no se han esclarecido suficientemente los principios interpretativos. Vemos que muchos interpretan la realidad según sus propias costumbres de vida y de acción, según esquemas mentales y teológicos condicionados por su propia formación y experiencias, o según criterios teológicos popularizados en estos tiempos y bien intencionados, pero con poca profundidad doctrinal y cristocéntrica. Tanto el costumbrismo como el oportunismo inmediateista pueden disminuir la vitalidad del Evangelio y la fuerza de sus interpelaciones actuales.

Es con este motivo que pretendemos compartir con el lector algunas reflexiones sobre la interpelación crítica de las situaciones históricas, y ver cómo éstas son iluminadas por la “luz del Evangelio”¹.

Varios textos del Magisterio relacionados a la interpretación de las situaciones históricas afirman que debemos comprenderlas “a la luz del

¹ Este artículo constituye una parte de un libro más extenso sobre el tema en cuestión: “Las Situaciones Históricas como Contenido del Mensaje Evangélico” (Ed. Paulinas, Bogotá 1975). El libro radica las reflexiones expuestas en una experiencia misionera, profundiza una hipótesis de trabajo en la teología de la revelación, sugiere algunas implicaciones para la acción evangelizadora, y ofrece algunas pautas para la interpretación crítica de las situaciones histórico-culturales.

Evangelio”².

Si pretendemos emprender esta tarea interpretativa, debemos tener una idea bastante clara del significado de esta frase. Si no, podríamos caer en el peligro de vaciarlo de todo contenido significativo y de emplearlo para justificar cualquier interpretación arbitraria.

La frase “a la luz del Evangelio” corresponde no sólo al uso magisterial sino también al uso popular. Y como otros términos popularizados, fácilmente se convierte en un “clisé” (una frase hecha que toma las veces del pensamiento reflexivo). Antes de proponer la manera en que nosotros entendemos la frase, quisiéramos revisar las diversas maneras en que se usa popularmente.

Cuando el creyente afirma que la luz del Evangelio es el criterio básico para la interpretación de algunos hechos, enfatiza algunos aspectos centrales de la fe:

- la centralidad de Cristo en toda la vida humana;
- la continuidad entre el mensaje histórico de Cristo, que tiene un valor constructivo y normativo para nuestra fe, y el mensaje actual de la Iglesia;
- la trascendencia de la revelación divina manifestada en Cristo, y
- la misión específica de la Iglesia de ser intérprete “crístico” de la historia actual.

Todos estos elementos realmente son esenciales para la interpretación auténtica de las situaciones históricas, pero su mera afirmación todavía no resuelve el problema interpretativo: en la acción pastoral, ¿cómo es el Evangelio la luz que nos permita interpretar el significado de las situaciones humanas?

Vemos una diversidad de orientaciones teológicas en el esfuerzo pastoral de la Iglesia para “aplicar” la luz del Evangelio a los hechos,

² Por ejemplo, el Concilio Vaticano II afirma que en todos los pueblos y todas las religiones hay “preciosos elementos humanos y religiosos” (GS 92), que son una preparación para el Evangelio (LG 16), una pedagogía hacia el Dios verdadero (AG 3); que hay que descubrir en los pueblos las “semillas del Verbo” (AG 3) pues se encuentra en ellos una primera manifestación del Verbo de Dios (GS 57, AG 9 y 11, NA 2). Nos exhorta a respetar, reconocer, conservar, desarrollar, favorecer, cultivar, purificar, elevar, asumir, perfeccionar, y consumir en Cristo todo lo que no sea supersticioso o error, todo lo que sea bueno, verdadero, justo, santo, amable, bello, en lo íntimo del hombre que no conoce a Cristo, en el corazón, en la mente, en los dotes del espíritu, en las capacidades, en las riquezas culturales, en el bien temporal, en los valores socio-culturales, en los ritos, en las tradiciones, en las artes, en los preceptos, en los modos de actuar en los pueblos, en las naciones, y en las religiones (LG 13 y 17; GS 42; AG 9, 18 y 22; NA 2).

En estos textos se condensa casi toda la teología acerca de la interpretación de las situaciones histórico-culturales y religiosas. La Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual (GS 4) añade algo sobre los acontecimientos actuales, afirmando el “deber de escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio”. Sin embargo, los textos son vagos y generales; no presentan criterios para distinguir lo auténtico de lo erróneo, no delimitan los campos en que se aplican estos principios, ni se explica lo que quiere decir “a la luz del Evangelio”.

orientaciones en las que el Evangelio interviene en las situaciones desde afuera. Damos algunos ejemplos:

- Identificación práctica del Evangelio con un determinado sistema socio-cultural (p.e. el catolicismo popular, una cristiandad importada u otros que se encuentran en la línea de la “conservación” o de la “implantación”);
- el “fundamentalismo” bíblico que emplea “bellas palabras” de las Sagradas Escrituras de tal manera que ignoran el contexto histórico de ellas y su comprensión auténtica dentro de la totalidad de la tradición;
- el uso de textos bíblicos o doctrinales para apoyar cierta ideología, sea “conservadora” o “progresista”, de una manera extrínseca y arbitraria;
- el considerar la situación humana como una mera ocasión para la “aplicación del Evangelio”, en vez de encontrar en ella una interpelación viva de Cristo;
- el considerar el Evangelio tan separado de la actualidad que eso tiene que ser “adaptado” para la comprensión de los oyentes, como una concesión a la debilidad de ellos;
- el preocuparse de la inteligibilidad del mensaje evangélico sin dar mucha importancia a su credibilidad, su capacidad de interpelar a la gente;
- el situar la interpelación “real” del Evangelio a un acontecimiento de la antigüedad, un mero ejemplo para la gente actual;
- el reducir el valor de una situación histórica actual a una semejanza extrínseca a otras situaciones bíblicas;
- el proponer respuestas hechas o “rituales” para el anuncio a la vivencia del Evangelio.

Todos estos esfuerzos intentan afirmar algo verdadero sobre la unicidad, la continuidad y trascendencia del mensaje evangélico, pero ninguno de ellos logra revelar la verdadera identidad del Evangelio tanto en su contenido como en fuerza interpelante y vivificadora. Es la imprecisión de estas orientaciones que nos urge a intentar una presentación más adecuada en los párrafos que siguen. Nuestra finalidad es más pastoral que académica: queremos ofrecer al evangelizador algunas herramientas útiles para interpretar las situaciones históricas de su pueblo a la luz del Evangelio.

Comenzaremos nuestras consideraciones sobre la frase “a la luz del Evangelio” con una reflexión sobre las dos palabras claves: primeramente *luz* y luego *Evangelio*.

La palabra *luz* sugiere tres realidades interrelacionadas. Primeramente, la luz se opone a la imprecisión de la oscuridad; nos permite reconocer la verdadera *identidad* de una realidad. Segundo, la luz se opone a la confusión de las tinieblas; nos permite no sólo conocer una realidad sino también *comunicar* nuestra conciencia de ella a otros, y así ser

“luz” para ellos. Tercero, la luz—especialmente en el presente contexto—sugiere la *transcendencia* opuesta a la relatividad, la vida opuesta a la no—existencia, lo divino opuesto a lo creado. La luz, entonces, nos hace pensar en la identidad, la comunicabilidad y la trascendencia de una realidad. Seguramente el fenómeno de la luz sugiere mucho más, pero creemos que estos tres aspectos son los que generalmente entran en juego cuando hablamos de “la luz del Evangelio”.

Consideramos primero la *identidad* del Evangelio, el plan de Dios para la salvación de los hombres. Este plan se revela supremamente en la encarnación, vida, muerte y glorificación del Hijo de Dios, Jesucristo. Es la palabra hecha carne, hecha hombre, que revela quién es Dios y cómo es. La identidad de Dios y de su plan salvífico se manifiesta plena y perfectamente en la humanidad de Cristo; no hay otra revelación independiente de ésta. Queremos recalcar que es precisamente la *humanidad* de Cristo que demuestra las plenas dimensiones de nuestra salvación. Por ser humano, el Verbo de Dios puede ser conocido y reconocido. No se trata de una humanidad abstracta o colectiva, sino de una humanidad concretizada en una persona situada en la historia del mundo, que nació de la Virgen María y que fue crucificado bajo Poncio Pilato. Aunque no pensemos generalmente así, encontramos que la “luz” que identifica la Buena Noticia se sitúa en la humanidad personal e histórica de Cristo.

Esto nos lleva a considerar la *comunicabilidad* del Evangelio. El Evangelio puede ser comunicado a los hombres y por los hombres precisamente porque se manifiesta totalmente en la humanidad del hombre Jesús³. Jesús nos manifestó el Evangelio de una manera muy humana: por palabras humanas que otros podían escuchar, por hechos humanos que otros podían ver, y por relaciones humanas que otros podían experimentar. Es precisamente en la humanidad de Cristo que radica la fuerza del testimonio histórico acerca de Él. Y es la humanidad de este testimonio que permite su entrega a otros en un proceso de Tradición.

Finalmente consideramos la *transcendencia* del Evangelio de Cristo. Esta transcendencia radica en la divinidad de Cristo, pero Cristo revela su divinidad no por una sacralización arrogante y pretenciosa de sí mismo, sino por su humanización humilde y generosa. Cristo manifiesta su santidad no por la distancia sino por el acercamiento, no en la destrucción del hombre sino en su verdadera humanización, no por la evasión de la humanidad sino por la aceptación de todas sus limitacio-

³ Es evidente que la comunicabilidad del Evangelio radica aún más profundamente en la fuerza del Espíritu Santo, por cuyo poder la resurrección de Cristo transforma toda la historia de la humanidad (cf. GS 22). Es un tema desarrollado más claramente en el libro antes citado. En el contexto de este artículo, hemos preferido recalcar la humanidad, la historicidad y la personalización de la revelación del Verbo en Jesucristo. Este enfoque “encarnacionista” no contradice el enfoque “pneumático” sino que lo complementa y se fundamenta en él.

nes, hasta la muerte. Así vemos que la misma transcendencia del Evangelio resplandece en la humanidad de Cristo.

Entonces si queremos ser iluminados por el Evangelio de Cristo, tenemos que acercarnos a su humanidad. Aunque esta afirmación pueda parecer novedosa para algunos, realmente no lo es: se fundamenta en una antigua tradición bíblica, patrística y litúrgica que ve la epifanía de la divinidad de Cristo en el misterio de su encarnación y la glorificación de El como Señor en la entrega amorosa de su vida humana en su pasión. Es por este motivo que enfatizamos tanto en estas páginas la humanidad, personalidad e historicidad de la Palabra encarnada y de su testimonio tradicional, y que proponemos un proceso de investigación histórica de este testimonio animada y verificada mediante una comunión celestial responsable, para conocerla con fidelidad.

Dijimos anteriormente que la garantía de la autenticidad de nuestro mensaje evangélico se sitúa en la *historicidad del testimonio* y en la *comunión*. Es ésta, radicada en la humanidad de Cristo que es la "luz" del Evangelio, lo que le permite ser identificado y comunicado, y en lo que se manifiesta su transcendencia divina. Y es la comunión de los hombres entre sí y con Dios que es el mensaje fundamental del Evangelio. Así pasamos a la consideración de la segunda palabra clave en la frase que estudiamos, es decir, el *Evangelio*.

El Evangelio es la Buena Noticia de la presencia de Dios revelador con los hombres, para que ellos encuentren la plenitud de su vida como hijos y hermanos en comunión con El. Jesús mismo, según la tradición de los evangelios sinópticos, llama esta presencia vivificadora "El Reino de Dios". Pero después de la glorificación de Jesús en su pasión y resurrección, los apóstoles ya no se refieren tanto a esta frase enigmática, sino que proclaman abiertamente: "¡Jesús es el Señor!". Pues la soberanía de Dios se manifiesta plenamente en Jesús crucificado y resucitado, el que tiene el poder divino de enviar el Espíritu para llevar a toda la humanidad de la muerte del pecado a la vida en comunión, la vida de los hijos de Dios.

El Evangelio es un mensaje y una realidad. Manifiesta la sabiduría de Dios y también su poder. No sólo enseña al hombre sino también los transforma eficazmente. Es la luz que conduce a la vida. La luz del Evangelio nos vivifica de tres maneras principales: por la *iluminación*, por la *interrogación* y por la *integración*.

Primeramente, el Evangelio nos *ilumina*. Nos enseña el significado pleno y verdadero de nuestra vida. Sitúa la particularidad de nuestra existencia personal y social, nuestra historia, en el plan universal de Dios. El Evangelio da sentido a nuestras búsquedas de Dios, diversas y frecuentemente inconcientes. No destruye las búsquedas imperfectas sino más bien las lleva a su plenitud. El Evangelio es la Buena Noticia de que nuestras búsquedas, nuestras angustias y aspiraciones humanas, nuestros esfuerzos históricos, no son frustrados sino cargados de valor

en el plan salvífico de Dios. El Evangelio es la Buena Noticia de que el Dios que ahora está con nosotros es el mismo Dios que ha estado ya cerca de nosotros en nuestra búsqueda de El. De todas estas maneras de mostrarnos el sentido pleno de nuestra existencia humana e histórica, el Evangelio nos ilumina.

El Evangelio nos ilumina, pero no sacraliza nuestras realizaciones; más bien *interroga* la autenticidad de nuestro caminar y nos interpela a vivir generosa y responsablemente como verdaderos hijos de Dios. La fuerza interrogante o interpelante del Evangelio es la que nos llama a la conversión y a la responsabilidad histórica. Sin la conversión, la respuesta del hombre viviente, el proceso del Evangelio es incompleto. Es la conversión que verifica la autenticidad del proceso evangelizador y que manifiesta en la vida humana la gloria de Dios. Pues el Dios compasivo que ya ha estado cerca de nosotros en nuestra historia, en nuestras búsquedas imperfectas, es el mismo Dios quien se manifiesta personalmente en el proceso evangelizador, como Padre, Hijo y Espíritu. El Espíritu no es un desconocido, sino el que se identifica por ser manifestación de la creatividad vitalizadora del Padre y del Hijo. Es el Espíritu del Hijo encarnado, crucificado y resucitado, del Hijo revelador del Padre. La humanidad personal e histórica del Hijo identifica al Espíritu, y la actividad vivificadora y "hermanizadora" del Espíritu manifiesta la resurrección del Hijo crucificado.

El Evangelio nos ilumina y nos interroga; también nos *integra*. El Evangelio no sólo da a conocer el valor de nuestra existencia e interroga la fidelidad de nuestra vivencia, sino también nos comunica su fuerza integradora, para la integridad del hombre entero y la integridad progresiva de él con sus hermanos hasta que se cumpla la plenitud de la comunión de todos como hijos unidos con su Padre.

Todos los pueblos buscan a Dios, buscan la plenitud de su vida. El Evangelio da a conocer que todos los hombres encuentran su paz, su unidad y su plenitud en Cristo, que son hermanos del que se hizo hermano de todos, y que son hijos en el Hijo.

El Evangelio no destruye la particularidad de ningún pueblo u hombre; anuncia que Dios le ama y le valora tal como es. Es esta Buena Noticia que permite a los hombres aceptar el desafío de ser lo que pueden y deben ser sin traicionar su dignidad humana o identidad histórica.

El Evangelio anuncia que la promesa hecha a Israel se extiende a todas las naciones. Anuncia que tanto la alianza dada a Israel como los caminos señalados divinamente para los otros pueblos (cfr. Hch 14,16) encuentran su plenitud en la Alianza nueva y eterna manifestada en Jesús. El Evangelio no exige una previa judaización de los gentiles. No anuncia una unificación basada en la uniformidad sino una comunión enriquecida de los aportes particulares y valiosos de los que son diferentes, cada uno una expresión distinta y preciosa de la gloria de Dios.

Esta Buena Noticia integradora y planificadora manifiesta su trascendencia divina a través de la comunión y la apertura manifestadas en la comunidad que es testigo del Evangelio. Esta comunidad, la Iglesia, es el signo que da a conocer a los hombres esta integridad de vida en comunión que encuentra su plenitud en Dios. La vida interna de la Iglesia manifiesta la santidad de su Señor tanto por la integridad moral de sus miembros en que se recibe, se interioriza y se comunica al amor de su maestro crucificado, como por la comunión fraterna y ordenada entre los que han recibido diversos dones del mismo Señor, manifestada en una vida de oración, gracias a la cual ellos se consagran al servicio de Dios vivo para que El sea glorificado en el mundo.

Esta vida interna de santidad no separa la Iglesia del mundo sino que la dirige hacia su servicio. Pues la Iglesia no es una secta de los que han escapado del mundo sino la comunión con toda la humanidad. La Iglesia es forzosamente abierta, y manifiesta su apertura por su acción misionera y por el compromiso de sus esfuerzos en la construcción del mundo. En su actividad misionera, la Iglesia, siendo visiblemente enviada, da a conocer la identidad del que la ha enviado. Y en su compromiso histórico, temporal y social, la Iglesia da a conocer su esperanza en la victoria de su Señor, una esperanza de que la humanidad y todos sus esfuerzos por la integridad, la paz y la fraternidad universal no se pierden, sino que encuentren su plenitud en el Reino de Dios. La Iglesia no sólo habla de este plan de Dios, sino que cree en él y se compromete creíblemente a su realización, para que todos los hombres reconozcan que son llamados a ser hijos de Dios y hermanos los unos de los otros. Esta apertura misionera y temporal de la Iglesia, que sirve y conduce a la comunión de todos con Dios, también revela su trascendencia. Da a conocer que el Dios que está antes de nosotros y con nosotros, también está en nosotros.

Este Evangelio se hace luz y vida de la humanidad gracias a la encarnación del Hijo de Dios, en cuya humanidad encontramos la plena revelación de Dios y del Hombre. Este Evangelio así demuestra su identidad comunicable y trascendente y su triple función de iluminar, interrogar e integrar al hombre para que tenga la plenitud de la vida en comunión con Dios. Y así, gracias a la luz del Evangelio, el hombre se convierte en un ser realmente vivo y, por su vida, da gloria a Dios.